

Alberto Manguel
Maimónides
Fe en la razón

Traducido del inglés por
Carmen Criado

Alianza editorial

Título original: *Maimonides: Faith in Reason*

Publicado originalmente por Yale University Press.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeran o comunicaran públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2023 by Alberto Manguel
© de la traducción: Carmen Criado, 2024
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2024
Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-807-5
Depósito legal: M. 15.860-2024
Printed in Spain

Frontispicio: Brenda Putnam, bajorrelieve de mármol de Maimónides, 1950. Este es uno de los veintitrés bajorrelieves de legisladores en la cámara de representantes del Capitolio de los Estados Unidos. (Foto: Arquitecto del Capitolio / Wikipedia Commons)

A mi padre, Pablo Manguel

... un grito surgió de los labios de su padre:

«¿Has venido al fin?

¿La lealtad que tu padre esperaba
ha vencido al rigor del camino?».

Eneida, 6.708-6.709

Prefacio

Acuérdate de los tiempos antiguos, considera los años de muchas generaciones; pregunta a tu padre y él te mostrará, a tus ancianos y ellos te dirán.

Deuteronomio 32: 7

A comienzos de 2015 mi editora de Yale University Press me sugirió que escribiera, para la serie «Vidas judías» que dirigía, un volumen sobre Mosé Maimónides. Yo tenía una vaga idea acerca de quién era Maimónides (un gran filósofo, un gran legislador, un gran médico), y recordaba el curioso título de su *Guía de perplejos*, pero poco más. Pensé que Maimónides podría adecuarse a mi permanente estado de perplejidad.

Ese mismo año había dejado mi casa en Francia, había embalado mi biblioteca y había enviado las cajas de libros al almacén de mi editor de Quebec en Montreal. Acepté dos puestos de profesor en Nueva York (una ciudad en la que nunca había vivido), me instalé en el pequeño apartamento de un profesor que disfrutaba de un año sabático y empecé a planear mi lectura de Maimónides. Obtuve un carné de lector en el Centro de Historia Judía de Manhattan, revisé los estantes dedicados al judaísmo en la librería Strand y conseguí un permiso para sacar en préstamo libros de la biblioteca de la Universidad de Columbia. Empecé a leer varias biogra-

fías de Maimónides, historias de Al Ándalus, del norte de África y Egipto, libros sobre filosofía árabe, libros sobre el Talmud y la ley judía e historias de la medicina medieval. Cuanto más leía, más se ampliaba el tema.

Pertenezco a una familia judía, pero no supe que era judío hasta que tenía ocho años, cuando, a consecuencia de un incidente antisemita, tuvieron que explicarme la desconcertante acusación de un compañero de clase abusador que me había dicho: «A tu padre le gusta el dinero, ¿verdad?». Un tío abuelo muy anciano, el hermano de la madre de mi padre, me dio unas cuantas lecciones con el fin de prepararme para mi *Bar Mitzvah* y aprendí de memoria unas palabras que balbuceé en la sinagoga el día en que cumplí los trece años. Todavía recuerdo las palabras *Baruch atah Adonai, Eloheinu melech ha'olam*, que, como descubrí muchas décadas después, son las que dan comienzo a la *Shehecheyanu*, la oración de agradecimiento judía. Si todavía supiera de memoria esa oración, la recitaría agradecido varias veces al día.

Maimónides fue educado en una sociedad en la que varias culturas mantenían un constante diálogo, áspero a veces. La comunidad islámica, la judía y, en menor grado, la cristiana interactuaban y aprendían una de otra. E incluso cuando la política religiosa obligó a Maimónides a abandonar Al Ándalus (su amado Sefarad) para exilarse en el norte de África, luego en la Palestina cristiana y finalmente en Egipto, nunca dejó de aprender de las culturas que encontraba, tanto en el campo de la religión como en el campo de la filosofía y de la medicina. Era un hombre muy práctico: adoptó la medicina como profesión cuando fracasó el negocio familiar (al igual que Sócrates, creía que no era ético que un maestro cobrara por enseñar), y en su *Epístola sobre la conversión* (llamada

también *Epístola sobre el martirio* o *Carta sobre la apostasía*), *Iggeret ha-Shemad*, disculpa a los que se convierten para salvar la vida, afirmando que Dios nos exige vivir, no morir, por nuestra fe.

Todo judío, desde los tiempos del Éxodo, es, hasta cierto punto, un hombre errante, y aunque la historia del errante eterno es, para escritores tan distintos como Homero, Dante, Camões y Joyce, un símbolo de toda vida humana, para un judío esa leyenda está contaminada por la experiencia de la persecución y el sufrimiento nacidos de un odio ancestral e irracional hacia los inventores del monoteísmo. Pero la vida errante no siempre se debe a la persecución. En mi caso, ciertamente, no ha sido así, y los muchos lugares en los que he vivido nunca me han parecido moradas obligatorias, sino que he llegado a ellos, por diversas razones, como resultado de elecciones deliberadas. Sin embargo, después de leer acerca de la peregrinación de Maimónides, me identifiqué con la experiencia de un cambio constante de paisajes, voces, costumbres, lenguas y cielos. A menudo me he preguntado cómo me afectaban esas metamorfosis, hasta qué punto un cambio de vocabulario, de convenciones, de tono y de estilo transformaba mi forma de pensar e interpretar. Descubrí que, en el caso de Maimónides, estos cambios enriquecían su pensamiento a través del contacto, por ejemplo, con la ciencia de la astronomía en Sevilla (posiblemente), los sistemas legales islámicos en Marruecos, la política cristiana en Palestina o la medicina árabe en Egipto. Pero sus libros de cabecera seguían siendo los mismos: la Torá, con sus seiscientos trece mandamientos de la ley judía, y los dos Talmuds, el de Jerusalén y el de Babilonia. Lo que cambiaba era su diálogo con esos textos a través de sus nuevos conocimientos, un diá-

logo que enriquecía tanto su lectura como sus comentarios a esa lectura. Al seguir la trayectoria de Maimónides fui más consciente de cómo la experiencia de diferentes lugares me había cambiado a mí y mi relación con mis libros.

Cualquiera que no haya experimentado la transitoriedad, ya sea como viajero voluntario o en un exilio forzado, cualquiera que haya vivido arraigado en un lugar desde la cuna hasta la muerte, sin comer nada que no haya crecido dentro del estrecho círculo que rodea su lugar de nacimiento (como ordenaban los romanos), cualquiera que no aprecie en nada lo que no sea endémico (como hacen los nacionalistas o el señor Podsnap de Dickens) tiene que poseer una extraordinaria determinación y una rigidez en cuanto a sus propósitos que apenas dará cabida a la indagación digresiva o a una curiosidad sana. Después de leer a Maimónides he visto reflejada en sus escritos mi manía de poner las cosas en orden (como en su *Mishné Torá*), mi incapacidad para mantener mis pensamientos circunscritos a lo correcto (como la suya en su *Guía*) y mi tendencia a responder activamente a las cosas del mundo que me angustian (como la suya en su *Epístola sobre la conversión*). Naturalmente no estoy sugiriendo una comparación entre la obra de Maimónides y la mía. Solo quiero decir que después de terminar mi biografía de Maimónides, fui más consciente de mis propias peculiaridades y de la forma en que pueden haber sido condicionadas por mi vida errante.

Al leer a Maimónides y seguirle a través de las diferentes etapas de su exilio, me pregunté especialmente cómo conseguía sobrevivir. Sé que, en el exilio, el tiempo tiene una cualidad peculiar. Mientras me fue posible seguir viajando, antes de que la pandemia nos impidiera salir, sé que medía el paso

de los días por el tictac de los relojes de los aeropuertos, por las horas que mostraba la pantalla de mi ordenador o por el giro de las manecillas de mi reloj hacia delante o hacia atrás hasta marcar la hora del nuevo lugar en que me encontraba. Pero cuando empezó la pandemia, alejado del ajetreo de la multitud y del ruido del tráfico, solo el sonido de mi propio pulso marcaba el paso del tiempo, como el contenido de mi reloj de arena que ha permanecido sobre mi escritorio durante décadas y solo ahora ha adquirido para mí un papel activo. En mi infancia, el tiempo lo representaban el sonido del reloj de bronce del salón de la casa familiar o el del timbre en el colegio. Después, marcaban el paso de las horas las campanadas de la iglesia de mi pueblo francés, que sonaban dos veces (así lo había decidido el alcalde) por si no habíamos empezado a contar desde la primera. Del mismo modo, la llamada del muecín a la oración debió de marcar las horas para Maimónides a lo largo de sus días en Marruecos y en Egipto. Debí de reflexionar sobre las relaciones que gobiernan el tiempo, el espacio y la memoria, y cómo unos y otra se contagian mutuamente sus extrañas cualidades: el tiempo como destructor, el espacio como receptor de destrucción y la memoria como reconstructora. Maimónides creía, como algunos de los primeros atomistas griegos, que el tiempo, como el espacio y el movimiento, está compuesto por átomos que, por ser de un tamaño infinitamente pequeño, no pueden dividirse (la física cuántica respalda ahora esta creencia). Para Maimónides, el tiempo, el espacio, la memoria y el movimiento participaban, en cierto sentido, de la misma naturaleza.

Yo también confundo estos conceptos. En los años 2020 y 2021, cuando todo se detuvo, tuve la firme impresión de que vivía en una especie de continuo de tiempo y espacio

como el que describen los manuales de astrofísica, una dimensión en la que ayer y mañana, allá atrás y más allá del horizonte se mezclaban, como en un vaso lleno de agua y tinta. Lo que hacía y lo que recordaba haber hecho no eran lo mismo. Esa misma sensación está presente, creo yo, en las cartas que Maimónides escribió desde Egipto sobre la tragedia de la muerte de su hermano mientras trataba de cumplir con sus deberes como médico de la corte y atendía a las preocupaciones de la comunidad judía. Da la impresión de que todo a su alrededor giraba en un torbellino en el cual se veía atrapado mientras luchaba por ser razonable y reflexivo, frente a la terca corriente de un tiempo turbulento. Probablemente murió de agotamiento.

Maimónides me enseñó también a pensar en el arrepentimiento y a considerar *arrepentirse* un verbo activo, conmigo como sujeto y como objeto. «Arrepentimiento» (*teshuvah* en hebreo) es una vuelta, un volver atrás a algo que hemos hecho para reconsiderar una acción anterior crítica y sinceramente. Es, en este sentido, la reversión de un fallo temporal que hace posible revisar una acción pecaminosa. Maimónides observó que las leyes relativas al arrepentimiento no estaban identificadas ni agrupadas en ninguno de los tratados del Talmud. Quiso, por lo tanto, reunir las y presentarlas como un conjunto coherente de normas en su *Mishné Torá*. Describió el arrepentimiento como un proceso en tres etapas: primero la confesión, luego el remordimiento y, finalmente, el compromiso de no repetir aquello que hicimos mal. El verdaderamente arrepentido, según Maimónides, es aquel que tiene la oportunidad de cometer de nuevo el mismo pecado y se niega a hacerlo. El rabino Shlomo Wolbe explica: «La clave y el principio es la sensación que tiene el

hombre cuando aprende las enseñanzas de los sabios y lee los textos de sabiduría ética, y los repasa una y otra vez hasta que actúan sobre él y hacen que vea sus propios defectos. De ahí se pasa al segundo nivel, que consiste en vencer las propias inclinaciones. El tercer nivel consiste en repararlas de forma que una persona se sienta dichosa y experimente el placer de servir a Dios». Esto tiene un especial significado para mí. El periodista Walter Bagehot, lamentablemente olvidado, escribió a finales del siglo XIX: «Es bueno no tener vicios, pero no es bueno no tener tentaciones».

Según la tradición judía, durante la fiesta de *Rosh Hashanah*, Dios graba en el Libro de la Vida el destino de cada persona para el año siguiente, pero espera hasta *Yom Kippur* para sellar el veredicto. Durante ese tiempo, los judíos deben tratar de enmendar su conducta y pedir perdón por cualquier acción que hayan llevado a cabo contra Dios o contra cualquier ser humano. Al finalizar *Yom Kippur* se espera que todas las malas acciones de las que una persona se haya arrepentido hayan sido perdonadas y ésta pueda acabar el día «con el corazón alegre». Esto hace posible el milagro de enmendar no los hechos pero sí el significado de los hechos que pertenecen a nuestro pasado. Yo creo firmemente en este gesto reparador tan profundamente enraizado en la obra de Maimónides.

Alberto Manguel
Lisboa, *Yom Kippur*, 2021



Amadeo Ruiz Olmos, estatua de Maimónides, 1964, Córdoba.

La estatua se alza en el barrio judío de la ciudad. (Fotografía: Howard Lifshitz/Wikimedia Commons, <https://creativecommons.org/licenses/by/2.0>)

1. La figura de Maimónides

El arte de Galeno solo cura el cuerpo, pero el arte de Maimónides cura el cuerpo y el alma. Con su sabiduría puede curar la enfermedad del ignorante. Si la luna se sometiera a su arte, podría despojarla de sus manchas cuando brilla en su plenitud, librarla de sus imperfecciones periódicas y, en el momento de su conjunción, evitar que menguara.

Ibn Sana' al-Mulk (siglo XII)

Basta buscarlo en cualquier diccionario o en cualquier historia de la filosofía, de la religión o de la medicina para comprobar que el nombre de Maimónides aparece rodeado de un deslumbrante sinfín de epítetos: «sabio», «erudito», «célebre», «brillante», «destacado», «ilustre», «legendario», «Gran Águila» o «segundo Moisés». Pero ¿a qué se debe exactamente su extraordinaria reputación?

Las persecuciones y penalidades que tuvo que soportar durante gran parte de su vida no parecen excepcionales en la vida de un judío de la Edad Media. Incluso los logros que alcanzó en las difíciles circunstancias de su peregrinación forzosa pueden parecer, si bien brillantes, no necesariamente superiores a los que alcanzaron otros hombres en una situación semejante de exilio; Dante, por ejemplo, es uno de los

que viene a la memoria. Los esfuerzos de Maimónides por armonizar las diferentes líneas de la investigación filosófica de las fuentes griegas y judías no son únicos: en el siglo primero a.e.c., Filón de Alejandría había intentado, con cierto éxito, entretener el pensamiento griego y judío, sentando así las bases para todo comercio intelectual futuro entre Atenas y Jerusalén. Quizá una forma de abordar la cuestión de la importancia de Maimónides sea a través de su concentración, a lo largo de toda su vida, en las leyes que definen al pueblo judío, colectiva e individualmente. Otra sería a través de sus intentos por comprender nuestra relación con el Creador por medio del poder de la razón.

Maimónides creía que la identidad de los judíos radica en los Diez Mandamientos que Dios entregó a Moisés en el monte Sinaí en un discurso que carecía de fonemas claros. (El gran Solomon ben Isaac, conocido popularmente como Rashi, fue más allá y argumentó que Dios transmitió el conjunto de los mandamientos en una sola declaración incomprensible y aterradora. Otra exégesis midráshica imagina la voz de Dios mutando en siete voces distintas en una cacofonía casi babélica dirigida a todos los pueblos del mundo e imposible de comprender por parte de ninguno.)¹ A partir de ese momento fundacional de instrucción divina, la ley mosaica fue codificada, estudiada, interpretada, anotada y amplificada de diversas formas. El resultado fue la instauración de una Ley Escrita como estaba establecida en el Éxodo y en los otros cuatro libros del Pentateuco, a la cual se añadieron después, progresivamente, las leyes de los veinticuatro libros del canon judío o Tanaj. Esta Ley Escrita (en hebreo *torah she-bikhtav*) fue complementada por la Ley Oral (*torah she-ba'al peh*) recibida de Dios por Moisés y transmi-

tida y enseñada por éste a los líderes rabínicos de cada generación judía como código legal paralelo, preservado más tarde en los Talmuds de Babilonia y Jerusalén. Se suponía que esta Ley Oral incluía no solo las lecturas originales de la Ley sino también todas las interpretaciones futuras, un caudal de comentarios y explicaciones que contemplaban todo lo que se había debatido en el reverenciado pasado, todo lo que se estaba debatiendo en el conflictivo presente y todas las posibles interpretaciones de un mañana imposible de conocer. Esta enorme masa de material sagrado y docto (o todo el que podía discernir la inteligencia rabínica) no se dispuso de acuerdo con ningún orden o sistema evidente hasta el siglo segundo e.c., cuando, durante la ocupación romana de Judea, el sabio rabino Jehudah ha-Nashí (conocido por su inteligencia como Judá el Príncipe) intentó clasificarla en sesenta y tres tratados que hoy conocemos como la Mishná, la parte más antigua del Talmud. Tanto si la puso por escrito Jehudah ha-Nashí (como afirmó Maimónides) como si no fue escrita (como argumentó Rashi) hasta mucho después, la Mishná se convirtió en la base de casi todos los escritos talmúdicos posteriores. Pero aún quedaba mucho por hacer.

Además de los Diez Mandamientos originales, muchos otros preceptos y decretos aparecían diseminados en la Biblia hebrea y en el Talmud, no agrupados según el tema o su uso, sino presentados en una confusa variedad de títulos y contextos. Nueve siglos después de Jehudah ha-Nashí, Maimónides dio comienzo al ambicioso proyecto que suponía reunir todos los preceptos, tanto los fundamentales como los de menor importancia, y ordenarlos en grupos temáticos, interpretándolos, comentándolos y traduciéndolos a términos lógicos para ayudar a los estudiantes en su «deseo de llevar a

cabo una indagación» que les permitiría vivir una vida buena como judíos².

Según Maimónides, los judíos estaban obligados a creer que las leyes que les gobernaban habían sido instauradas por la divinidad y que el don de la razón que Dios les había concedido les exigía estudiar y tratar de comprender esas leyes en la mayor medida posible, de acuerdo con la capacidad de cada uno. El conocimiento, escribió Maimónides, conduce al amor de Dios, y «la naturaleza del amor de cada uno depende de la naturaleza del conocimiento de cada uno»³. Quizá esa necesidad de conocer sea uno de los rasgos que han definido al judaísmo a través de los tiempos. Y también la necesidad de indagar e interpretar.

La ambición de Maimónides fue nada menos que definir de la forma más clara posible, tanto para él mismo como para las generaciones futuras, en qué consiste ser judío. No era un historiador: aunque los hechos registrados en la Torá y en el Talmud eran para él indudablemente ciertos, veía la historia bíblica, a pesar de todo, «a través de los lentes de la leyenda rabínica»⁴. Su respuesta no fue una serie de aforismos ni un resumen histórico de los sufrimientos del pueblo judío desde el momento del exilio, sino un sistema de pensamiento atemporal y lúcido que proporciona, incluso a sus lectores de hoy, una base racional para la pregunta existencial pendiente: ¿Quiénes somos los judíos? Los autores de una biografía de Maimónides sostienen categóricamente que uno de sus mayores logros consistió en «enseñar a sus hermanos de religión cómo creer; enseñarles cómo vivir»⁵. Esas palabras serían suficientes para el epitafio de cualquier erudito considerado digno de recuerdo y alabanza.

Uno de los aspectos más desconcertantes del pensamiento de Maimónides es que sus aparentes contradicciones, pre-

sentes incluso en un mismo párrafo o en una misma página, no parecían preocuparle. Para Aristóteles, las declaraciones contradictorias no podían ser ambas ciertas ni podían ser ambas falsas: si una es cierta, la otra tiene que ser falsa y viceversa: los unicornios existen o no existen. Las contrarias, por otra parte, no pueden ser ambas ciertas, pero pueden ser ambas falsas: los unicornios pueden volar, los unicornios no pueden volar. El filósofo político Leo Strauss ha sugerido una forma útil de enfrentarse a las aparentes contradicciones en los escritos de Maimónides: «Podríamos... establecer como norma que, de dos afirmaciones contrarias en la *Guía* o en cualquier otra obra de Maimónides, la que aparece con menos frecuencia, o incluso ocurre una sola vez, era la que consideraba cierta»⁶. Para el lector moderno, Maimónides parece anticipar las palabras futuras de Walt Whitman: «¿Me contradigo? / Muy bien, me contradigo, / (soy grande, contengo multitudes)»⁷. Sin embargo, las contradicciones de Maimónides, a diferencia de las de Whitman, no eran conscientes: de verse en una contradicción, Maimónides la habría entendido como una forma de hablar con diferentes palabras para adaptarse a la capacidad de comprensión de diferentes lectores, o de encontrar distintos significados (incluso contradictorios) en cada lectura de la Ley. Como dice el Talmud: «Siempre que una criatura busca [un pecho] para mamar, encuentra leche en él, y así ocurre con los asuntos de la Torá. Siempre que una persona medita sobre ellos, encuentra un nuevo significado», por diferente que pueda parecer cada vez ese significado⁸. Cada significado posible está ahí: no existen versiones nuevas o viejas del texto sagrado. Las contradicciones surgen al descubrir aspectos diferentes de las mismas palabras eternas e inmutables. Cuestionar la persistencia inva-

riable de la Palabra de Dios es una blasfemia. La fe no es un ejercicio filológico.

En nuestro tiempo, en un encendido debate con el eminente crítico Harold Bloom, que imaginaba la literatura como un ciclo constante de muerte y reinención del texto en manos de cada nueva generación, la escritora americana Cynthia Ozick afirmó que entender la expresión poética como un sistema cerrado que solo se refería a sí mismo era una forma de idolatría. Según Ozick, en la tradición judía de la lectura de la Palabra «no hay recién llegados». Éste era, para Ozick, el significado de las palabras de la Hagadá de Pascua, «Nosotros mismos salimos de Egipto», y del Mi-drash que afirma «Todas las generaciones estuvieron juntas en el Sinaí». Por consiguiente, en el pensamiento judío no existe «una lucha de poder con el original, ni envidia del Creador». El creador de ídolos, por el contrario, «espera competir con el Creador y maquina para inventar un sustituto para Él»⁹. Maimónides hizo la misma acusación con respecto a tratar de sustituir una palabra por palabras nuevas: «Si cada hombre siguiera las veleidades de su corazón —escribe siguiendo la advertencia de Números 15: 39—, el resultado sería la ruina universal como consecuencia de las limitaciones del intelecto humano»¹⁰.

El grande e innumerable yo de Maimónides se interesó por casi todo: por la religión, naturalmente, y por la Ley, pero también por las matemáticas, la lógica y la retórica, la astronomía, la conducta ética y la moral social, la política y la cuestión de qué puede llegar a conocerse. Al parecer, la música y las artes visuales no le atraían, pero sí todo lo demás. «Hay un Maimónides defensor de la tradición y un Maimónides pensador que se propuso reformarla, un Maimónides

estudioso de Aristóteles y un Maimónides crítico, un Maimónides creyente y un Maimónides escéptico. ¿Cuál es el verdadero Maimónides?», se pregunta otro famoso experto en el autor de la *Guía*¹¹.

Otro aspecto desconcertante de los escritos de Maimónides es la diversidad de estilos que utilizó en ellos, una variedad de tonos discursivos que parecen proceder de diferentes personas: terso y claro en el caso del *Mishné Torá*, por ejemplo, dirigido al lector común; ambiguo y brillantemente imaginativo en la *Guía*, dirigida a un grupo muy reducido de sabios; paternal y compasivo en sus epístolas y en sus obras de medicina. En su *Guía de perplejos* y en algunos otros escritos, Maimónides propuso una declaración de la identidad judía no cerrada y dogmática sino múltiple y diversa, que, si bien se basaba en las leyes estrictas que aparecían en los textos sagrados, estaba abierta a una variedad de interpretaciones por parte de diferentes destinatarios con diversos grados de capacidad intelectual. Solo ignoraba a aquellos necios que interpretaban mal las palabras a sabiendas. En la mayor parte de su obra Maimónides consiguió encontrar una relación equilibrada entre la obediencia obligada a la Ley y los orígenes misteriosos de ésta, no combinando una y otros sino manteniéndolos en un continuo diálogo.

Maimónides admite que discrepa de un número de fuentes generalmente aceptadas, e insiste en dar «una interpretación diferente»: «Comprobarás que muchos de los *Sabios*, e incluso de los comentaristas, discrepan de [su] interpretación con respecto a ciertas palabras y a muchas ideas expuestas por los *profetas*. ¿Cómo no había de ocurrir lo mismo con respecto a estas oscuras materias?». Y concluye valientemente: «Además, yo no te obligo a decidir en favor de mi inter-